

TOLEDO SITIADO

POR

JUAN BENET

Y bien, la cara de Toledo más conocida es la que mira hacia el Norte. Desde el Arrabal, desde el cementerio, desde el Cristo de la Vega o Santa Cecilia o la carretera de Avila surge la familiar silueta de Toledo, apiñado en una colina colorada y parda, inmutable al transcurso de los siglos. Apenas ha cambiado desde que lo pintara el Greco, porque una Diputación y un manicomio—símbolos de una cultura edilicia muy distinta a aquella sobre la que se asentó la ciudad—no han modificado la abigarrada frente cuyas arrugas han venido a incrementar, tan sólo son una pesadumbre más. Siempre que he mirado a Toledo desde la vecindad de la Fábrica de Armas he tenido la sensación de contemplar un asedio, un sitio, como antes se decía. Que es un sitio, no cabe duda; pero que, además, es un asedio—y quizá el último acto del mismo, uno de esos cuadros de historia que recoge el momento de una capitulación—, cada día me parece más evidente.

Y es que tal vez todo sitio, configuración muy particular de un medio, está siempre asediado por él; lo está una ciudad por sus barrios bajos, o por su alfoz, o por el circo de montañas que la rodea, y que se unen a ella por unos lazos de servidumbre, bien visibles, o por otros—menos visibles y confesados—que acaso encuentran su más cabal formulación en las crueles normas de la poliorcética. Porque—no hay duda—Toledo parece todavía una plaza fuerte, rodeada y defendida por el temible foso, asentada en ese rojizo y orgulloso cerro, que gobierna desdeñosa la vega que la circunda por el Norte, o atezada por el hambre, es incapaz de superar el orgullo—única herencia de su antigua capitalidad—para descender hacia el campo y sumarse a una labor que siempre, desde su condición real y castrense, rechazó para sí.

Hay algo en su expresión apesadumbrada que denota una envidia contenida e inconfesable. Esas espadañas y cimborios que alzan su cuello para pasear la mirada por encima del caserío apiñado, esas fachadas escoradas que tras un cubo de muralla dejan sobresalir una ventana acechante, con el inconfundible gesto del centinela que

en secreto aborrece su condición y maldice su puesto, esas desplomadas chimeneas que, al contemplar el amplio sol que caldea la vega, rompen a llorar humo, ¿no nos hablan más bien de un antiguo y derrotado ejército que—acosado por un enemigo continental—fue a refugiarse en el rincón más abrupto de su antiguo dominio? El color dorado de la tarde de invierno, la vespertina calma, son los síntomas de una tregua circunstancial antes de una decisión que se ha hecho esperar: de repente—y de manera muy oportuna, al interrumpir el gorjeo de las esquilas y el lejano tañido de una campana—suenan los tambores y cornetas de una tropa que hace la instrucción en el campo de tiro, vecino a las tapias del cementerio, para anunciar la orden de alerta después del ultimátum. Y toda aquella abatida frente se yergue de nuevo, encendida de ira o vergüenza, agujijoneada por el ocaso tras los cigarrales, esos victoriosos y ufanos jóvenes que, no sin regocijo, han acudido a contemplar el último acto, el más humillante de la rendición. De entre la cercada tropa—las frentes ensangrentadas, las casacas maltrechas, la melancolía que embarga el ánimo, pero que al mirar el campo enemigo se transforma en despecho—ha avanzado un jinete, la Puerta de la Bisagra, a parlamentar con el general vencedor, ese terrible Hospital de Tavera que envanecido de su poder, cuanto más se le mira más hincha su pecho para—al igual que el sapo de la fábula—tratar de igualar el volumen de la ciudad que tiene enfrente.

«Breñosos, crudos, estériles los cerros que ciñen a Toledo—escribió Ortega en 1921, embargado por una sensación idéntica—, ¿qué pueden producir? ¿Para qué sirven en el finalismo planetario? ¿Qué fruto puede llevar un paisaje así—circo de cerros—en torno a otro definido por la hoz de un río que le sirve de foso natural? Cuando los toledanos salían a pasear por sus murallas y veían las colinas inmediatas, que son una amenaza petrificada, sentirían sus almas ponerse tensas y combadas como arcos de ballesta prontos a expulsar la flecha defensora. De las barbacanas naturales que cercan la ciudad parecen llegar constantemente dardos enemigos, estableciéndose entre unos y otros un perpetuo sistema de defensiva y ofensiva, adormecido hoy, pero que cualquier pretexto puede despertar disparando de nuevo su funcionamiento.»

Pero ese ángel de la Bisagra, tan dispuesto a rendir el arma ¿qué tiene en el gesto que nada parece importarle? Bajó allí a parlamentar, a escuchar formulariamente unas condiciones que—cualesquiera que fuera—era preciso aceptar, pero se le fue el santo al cielo y allí quedó, con una fuga en la memoria y una elegante y sibilina postura, mientras a su espalda la paciente cohorte ha trocado la ansiedad en indiferencia

y el enojo en resignación. Le dijeron también que su misión —una vez depuesto el ánimo por la capitulación— había de consistir en invitar al forastero a entrar, en hacerle cruzar la puerta y convencerle —como el portero del restaurant que se ve obligado a abrir todas las puertas de los coches que se detienen frente a él y recibir tan buen número de desaires— de que la vieja ciudad amurallada ha dejado de ser un recinto hostil que ahora abre sus puertas y sus delicias a todos, amigos y enemigos, beneficiados de un nuevo clima de convivencia. Porque la capitulación fue eso: la transformación de una actitud defensiva y hostil en una búsqueda del cliente. Yo no sé si mucha edad —su propio material, siguiendo el éxodo secular de la piedra española que abandona sus lares para convertirse en polvo o en pieza de arqueología, parece haberse esfumado legándole un vaciado— le impide cumplir su función o ¿es que se trata de una función tan obvia que hasta un viejo desmemoriado es capaz de atraer al cliente? Porque, distraído, levanta su espada y mira hacia otra parte, mientras el turista asciende hacia Toledo sin parar en él una atención que, por su escasez, ha de reservar forzosamente a los monumentos de tres estrellas y los objetos de arte cuyo culto atrae a los peregrinos.

Una vez dentro, aparte de la cosecha de postales y souvenirs (souvenir... ¿de qué?), visitas multitudinarias y explicaciones doctas de esos guías que —como los militares— han sabido transformar sus méritos (lingüísticos y eruditos, en este caso) en una insignia bordada en la guerrera (y tal apelativo viene al pelo a sus prendas, porque todos parecen haber salido de un cuerpo de guardia para dirigir y encauzar el interés por nuestro arte), el turista puede volverse satisfecho de haber cobrado la pieza en cuanto, con un breve callejeo por uno de los itinerarios establecidos, es capaz de apercibirse y penetrar en el «misterio de Toledo». Se habló —y se sigue hablando— tanto de él que, por los resultados que nos ha deparado, debe ser en verdad indescifrable... o inexistente. Yo no sé cuál es el famoso misterio y se me ocurre pensar que a aquel que acuñó la frase le debió pasar lo que al ángel de la Bisagra, porque después de escribir un título tan afortunado se le fue el santo al cielo y se olvidó de todo lo demás.

O quizá es que Toledo sufre —desde el día de la rendición— una epidemia de amnesia. Y que todo aquel que cae por allí, a procurarse un paseo en el que se combina el afán de cultura y el regalo a la vista, queda contaminado de ese mal del que no se puede decir si es enfermedad o defensa preventiva. Es muy cierto, se diría que cada piedra de Toledo es incapaz de recordar lo que fue, que aborrece su memoria no porque se avergüenza de su pasado, ciertamente, sino porque lucha por no caer en una desesperación mayor, provocada por su condición

actual; que sus calles se quiebran trastornadas de su propio andar, porque no quieren ir a ningún sitio y prefieren dar vueltas y más vueltas, para no desembocar en una de tantas pestilentes úlceras que las circundan; que su ladrillo mudéjar prefiere convertirse en escombros antes que encararse con el revoco y los colorinches de un garaje vecino y que sus plazas y sus torres no saben sino llorar como las viejas plañideras que, atentas tan sólo a sus propias penas, apenas dicen nada de la desgracia que aconteció al difunto.

Yo creo que—de ser algo—es un misterio funeral, un secreto de ultratumba. Que el Toledo que hoy vemos es una variación sobre un tema doblemente mortuario: el llanto por la muerte de una cultura que, en su día, no hizo sino tributar un culto a los muertos. Y que su mejor legado consiste por ende en despojos: capillas funerarias y túmulos; enterramientos y cuadros de enterramientos; huesos y criptas y cruces y calvarios y una calle de los Muertos.

Era ya tarde, un poco antes del crepúsculo de un día del verano pasado, cuando de la calle de los Muertos unos cuantos amigos—Peppín Bello, Fernando Chueca, Paulino Garagorri y yo—desembocamos en la plazuela de San Andrés. A una mujer que, sentada en una silla muy baja junto al portal de su casa, pelaba patatas que echaba en un cubo, le preguntamos por la llave de la iglesia. Dio una voz hacia el interior del portal y asomó una jovencita, de cuerpo menudo, que se abrochaba el cinturón de una bata de percalina barata, con unas flores estampadas sobre un fondo negro:

—Acompaña a estos señores a casa del sacristán. O vete tú a avisarle, que estará en su casa.

Tenía una expresión despierta y una sonrisa maliciosa; llevaba la bata muy escotada, dejando entrever el arranque de su pecho, y, calzada con unas zapatillas de fieltro rojo, echó a correr en dirección al seminario.

—Ustedes—nos preguntó la mujer, sin dejar de pelar patatas—¿vienen a ver las momias?

—Vamos a ver si se pueden ver las momias.

—Buena gana de ver las momias—dijo la mujer. Luego, levantó la cabeza y dijo en tono de reproche—: Con las cosas que hay que ver en este mundo. Buena gana.

—¿Y qué es lo que hay que ver por el mundo mejor que unas momias?

—Buena gana—dijo la mujer, sin dejar de pelar patatas.

La joven volvió corriendo: tenía las mejillas coloradas y el escote de su bata se había aflojado un poco más.

—Ustedes —preguntó, ciñéndose un poco el escote— ¿vienen a ver las momias?

—Vamos a ver si ese hombre nos enseña las momias.

—Buena gana —dijo la mujer.

—Son muchas. Hay una habitación llena de ellas —dijo la joven—. Dicen que son muy buenas. Que no las hay mejores que éstas. Al menos es lo que dicen.

—Sí que son buenas, sí —dijo la mujer, con un cierto orgullo, al tiempo que echaba al cubo una última patata y limpiaba el cuchillo con los dedos. Luego añadió, contradiciéndose a sí misma—: Sí que son de ver.

El sacristán era un hombre tan encorvado, con las piernas tan arqueadas y llevaba una anilla tan descomunal, con tres o cuatro llavones enhebrados en ella, que parecía uno de esos carceleros de los dramas románticos. Iba calado con una boina, debía haber sido negra, pero ya era del color del niscaló, que caída sobre la frente y ajustada con un pliegue muy apuntado parecía añorar la forma de un tricornio. El buen hombre no era capaz de apartar la mirada de la punta de sus alpargatas.

—Ayúdeme usted, joven, usted que tiene buena estatura —me dijo, alzando el llavero sin dejar de mirar al suelo—. Yo ya no estoy para estas cosas.

Era una cerradura invertida, de dos o tres puntos, muy difícil de abrir. El sacristán dio unas cuantas instrucciones, sin dejar de mirar al suelo. Cuando al fin la cancela del atrio cedió, la mujer que había estado pelando patatas se restregó las manos con el borde de la bata, metió el cubo en el portal y con un gesto de autoridad le dijo a la joven:

—Si quieres visitar las momias con estos señores te tienes que arreglar. No se puede ir de esa facha —dijo, al tiempo que cruzaba la primera el atrio de la iglesia. La chica se miró de arriba abajo un tanto sorprendida, se ajustó el escote y se metió corriendo en el portal. «Estas chicas...», musitó la mujer, meneando la cabeza. Dentro de la iglesia se volvió de nuevo hacia nosotros, sin la menor vacilación:

—Ustedes serán del cine.

A mí me dio la impresión de que no se trataba de la madre de la otra. Permaneció en la puerta, sosteniendo la hoja, mirando hacia el portal en espera de la joven y compartiendo con nosotros unas miradas y unas sonrisas en las que asomaba una cierta complicidad, disimulada y cobijada bajo unos lazos familiares.

—Tengan cuidado con el escalón —dijo el sacristán, al pasar junto al altar mayor en dirección a la sacristía, al tiempo que elevaba el